

Epístola de Santiago

Reina-Valera 1995 (RVR1995)

Copyright © 1995 by United Bible Societies

Capítulo 1

Salutación

¹ Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la dispersión: Salud.

La sabiduría que viene de Dios

² Hermanos míos, gozaos profundamente cuando os halléis en diversas pruebas,

³ sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia.

⁴ Pero tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.

⁵ Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.

⁶ Pero pida con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra.

⁷ No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor,

⁸ ya que es persona de doble ánimo e inconstante en todos sus caminos.

⁹ El hermano que es de humilde condición, gloriése en su exaltación;

¹⁰ pero el que es rico, en su humillación, porque él pasará como la flor de la hierba.

¹¹ Cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae y perece su hermosa apariencia. Así también se marchitará el rico en todas sus empresas.

Victoria en la prueba

¹² Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que lo aman.

¹³ Cuando alguno es tentado no diga que es tentado de parte de Dios, porque Dios no puede ser tentado por el mal ni él tienta a nadie;

¹⁴ sino que cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido.

¹⁵ Entonces la pasión, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte.

¹⁶ Amados hermanos míos, no erréis.

¹⁷ Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación.

¹⁸ Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.

Hacedores de la palabra

¹⁹ Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse,

²⁰ porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios.

²¹ Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.

²² Sed hacedores de la palabra y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.

²³ Si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, ése es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural;

²⁴ él se considera a sí mismo y se va, y pronto olvida cómo era.

²⁵ Pero el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace.

²⁶ Si alguno se cree religioso entre vosotros, pero no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana.

²⁷ La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo.

Capítulo 2

Amonestación contra la parcialidad

¹ Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas.

² Si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso,

³ y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: “Siéntate tú aquí, en buen lugar”, y decís al pobre: “Quédate tú allí de pie”, o “Siéntate aquí en el suelo”,

⁴ ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos y venís a ser jueces con malos pensamientos?

⁵ Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que lo aman?

⁶ Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales?

⁷ ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros?

⁸ Si en verdad cumplís la Ley suprema, conforme a la Escritura: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», bien hacéis;

⁹ pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado y quedáis convictos por la Ley como transgresores,

¹⁰ porque cualquiera que guarde toda la Ley, pero ofenda en un punto, se hace culpable de todos,

¹¹ pues el que dijo: “No cometerás adulterio”, también ha dicho: “No matarás”. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la Ley.

¹² Así hablad y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad,

¹³ porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no haga misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio.

La fe sin obras está muerta

¹⁴ Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo?

¹⁵ Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día,

¹⁶ y alguno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?

¹⁷ Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta.

¹⁸ Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras.”

¹⁹ Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.

²⁰ ¿Pero quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras está muerta?

²¹ ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?

²² ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras y que la fe se perfeccionó por las obras?

²³ Y se cumplió la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia», y fue llamado amigo de Dios.

²⁴ Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe.

²⁵ Asimismo, Rahab, la ramera, ¿no fue acaso justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?

²⁶ Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta.

Capítulo 3

La lengua

¹ Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación.

² Todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende de palabra, es una persona perfecta, capaz también de refrenar todo el cuerpo.

³ He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan y dirigimos así todo su cuerpo.

⁴ Mirad también las naves: aunque tan grandes y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere.

⁵ Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego!

⁶ Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno.

⁷ Toda naturaleza de bestias, de aves, de serpientes y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana;

⁸ pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal.

⁹ Con ella bendecimos al Dios y Padre y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios.

¹⁰ De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así.

¹¹ ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?

¹² Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Del mismo modo, ninguna fuente puede dar agua salada y dulce.

La sabiduría de lo alto

¹³ ¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre.

¹⁴ Pero si tenéis celos amargos y rivalidad en vuestro corazón, no os jactéis ni mintáis contra la verdad.

¹⁵ No es ésta la sabiduría que descende de lo alto, sino que es terrenal, animal, diabólica,

¹⁶ pues donde hay celos y rivalidad, allí hay perturbación y toda obra perversa.

¹⁷ Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía.

¹⁸ Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz.

Capítulo 4

La amistad con el mundo

¹ ¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?

² Codiciáis y no tenéis; matáis y ardéis de envidia y nada podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís.

³ Pedís, pero no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites.

⁴ ¡Adúlteros!, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios.

⁵ ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: “El Espíritu que él ha hecho habitar en nosotros nos anhela celosamente”?

⁶ Pero él da mayor gracia. Por esto dice: “Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes.”

⁷ Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros.

⁸ Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones.

⁹ Afligíos, lamentad y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro y vuestro gozo en tristeza.

¹⁰ Humillaos delante del Señor y él os exaltará.

¿Quién eres para que juzgues?

¹¹ Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la Ley y juzga a la Ley; pero si tú juzgas a la Ley, no eres hacedor de la Ley, sino juez.

¹² Uno solo es el dador de la Ley, que puede salvar y condenar; pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro?

No os gloriéis del día de mañana

¹³ ¡Vamos ahora!, los que decís: «Hoy y mañana iremos a tal ciudad, estaremos allá un año, negociaremos y ganaremos»,

¹⁴ cuando no sabéis lo que será mañana. Pues ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece.

¹⁵ En lugar de lo cual deberíais decir: “Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello.”

¹⁶ Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala.

¹⁷ El que sabe hacer lo bueno y no lo hace, comete pecado.

Capítulo 5

Contra los ricos opresores

¹ ¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán.

² Vuestras riquezas están podridas y vuestras ropas, comidas de polilla.

³ Vuestro oro y plata están enmohecidos y su moho testificará contra vosotros y devorará del todo vuestros cuerpos como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días finales.

⁴ El jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros, clama, y los clamores de los que habían segado han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos.

⁵ Habéis vivido en deleites sobre la tierra y sido libertinos. Habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza.

⁶ Habéis condenado y dado muerte al justo, sin que él os haga resistencia.

Sed pacientes y orad

⁷ Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía.

⁸ Tened también vosotros paciencia y afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor se acerca.

⁹ Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; el Juez ya está delante de la puerta.

¹⁰ Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor.

¹¹ Nosotros tenemos por bienaventurados a los que sufren: Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin que le dio el Señor, porque el Señor es muy misericordioso y compasivo.

¹² Sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo ni por la tierra ni por ningún otro juramento; sino que vuestro “sí” sea sí, y vuestro «no» sea no, para que no caigáis en condenación.

¹³ ¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas.

¹⁴ ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia para que oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor.

¹⁵ Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados.

¹⁶ Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho.

¹⁷ Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses.

¹⁸ Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto.

¹⁹ Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad y alguno lo hace volver,

²⁰ sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma y cubrirá multitud de pecados.